
Ismael Guardado

La fuga de las formas

Salvador Gallardo Cabrera

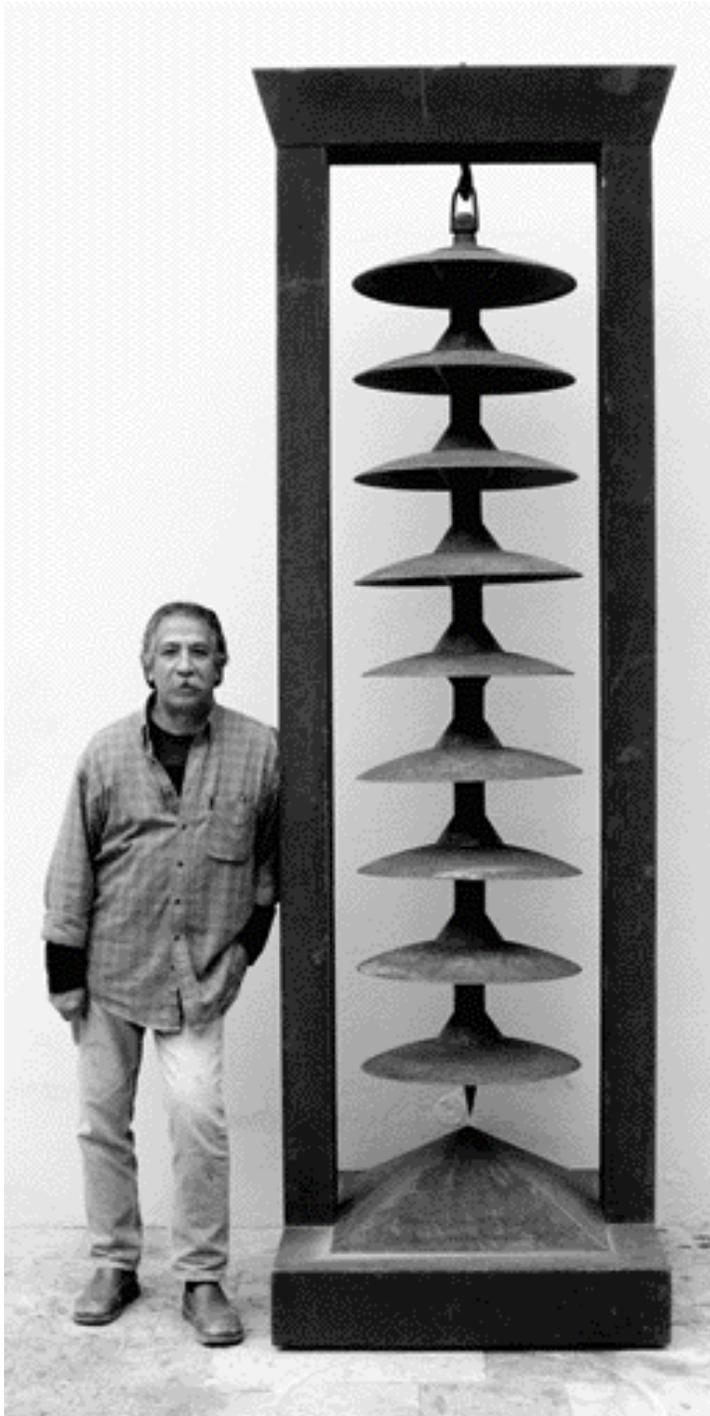


Ismael Guardado en su taller

En sus trabajos recientes Ismael Guardado hace un viaje a través de su obra. Podría pensarse en un viaje a contracorriente: el artista mira a lo lejos desde un punto que señala cuarenta y cinco años de pintar, grabar, probar con nuevos materiales, dibujar, inventar objetos y crear espacios, esculpir, trenzar hilos. Desde ese punto contempla las articulaciones del advenimiento de sus obras y los resortes de su devenir; el peso del oficio, las transiciones, las migraciones de forma en forma. Un viaje para llegar a una tierra quemada, en Ojocaliente, Zacatecas, donde persisten los ángulos dibujados por las canicas de unos niños. Un viaje hecho para alcanzar el momento en

que el trabajo y la necesidad modelan los signos al nacer, junto a una pared ruinoso, en la vibración lejana de lo vivido. ¿Un viaje en retrospectiva? Pero son sus trabajos más recientes los que impiden seguir tal orientación. No hay en ellos ninguna sombra de nostalgia o de repaso metódico, ningún balance. El viaje a través de la propia obra existe, pero es un viaje discontinuo, más allá de toda memoria; se extiende en trayectos en los que nada está jamás cumplido, en la turbación de las superficies donde el artista plantea sus búsquedas.

A lo largo de los años, Ismael Guardado ha entablado una lucha contra el estilo entendido como identidad.



Ismael Guardado, *Escultura vertebral*

Buscar, experimentar, ensayar en un viaje constante con caminos diferentes. Caminos cortos y largos: se cruzan, vuelven a pasar o no por los mismos lugares, se alejan y se aproximan, se traslapan o se sobreponen, y cada uno ofrece una cierta visión de los demás. Porque no se trata ya de sobrepasar tal o cual maestría técnica, tal o cual conocimiento pictórico, sino transformarse desde su propio saber. ¿Para qué trabajaría un pintor, un poeta o un músico si no fuese transformado por su pintura, por su poesía, por su música? De ahí esa movilidad tan imperiosa, esa exactitud ligada a lo necesario que atraviesa las obras de Guardado y que muestra la creación de un *continuum* que aproxima pintura-gráfica-dibujo-escultura-cerámica-tapiz en una lengua nueva; en una lengua-composición que se sustrae a las fronteras de las identidades y de las identificaciones, irrumpiendo con señales desconocidas en las demarcaciones normalizadas.

Hay contornos, torsiones, pliegues extremos en *Dunas* que abren el grabado a valores más escarpados y profundos. Las fases, texturas, muescas en *Salto del arcángel*, y en otras piezas de cerámica, transitan de los espacios de silencio a los de saturación a la velocidad del fresco. Hay planos agitados en *Carbonera*, movimientos en el curso de sus líneas, cortes agudos en los colores, luces extraídas de transparencias, perturbaciones cósmicas que llevan a la pintura al óleo a una condición de visibilidad desasida, en expansión permanente. Y también las múltiples transiciones de grafito y de carbones en el *Pájaro guardián*: aparecen como refuerzos atmosféricos donde la luz no pasa encima, hacia otros estratos, sino se retarda, vacila, permanece en los trazos. Así crea Ismael Guardado formas en fuga.

La fuga, emprendida en la totalidad de los planos de composición, se presenta siempre como totalidad fragmentada que inerva cada intercambiador del *continuum*. Muchos de esos intercambiadores han sido señalados con glifos, huellas fósiles, runas rescatadas del olvido, jeroglíficos electrónicos y registros de capillas imaginarias. En otros, como en las bateas de la *Ofrenda* se transcribieron con surcos y rayas los pensamientos de las mujeres al lavar su ropa. El viaje sigue y se abre a la vida de los planos, a la geometría de los espacios. A la fuga de las formas.

A lo largo de los años, Ismael Guardado ha entablado una lucha contra el estilo entendido como identidad.